

Los Estados Unidos y la Primera Guerra Mundial, 1914 - 1919

Cristián Guerrero Yoacham
Departamento de Ciencias Históricas
Universidad de Chile

ABSTRACT

This article describes, analyzes and interprets the process that brought the United States from neutrality to belligerence in the First World War, the decisive role played by this power in the triumph of the Western allies, President Wilson's actions for achieving peace, his projects for an international order and the creation of the League of Nations, its failure and North America's return to isolation when the Senate did not pass the Versailles Treaty, and the Democratic Party's loss in the 1920 presidential election.

El atentado de Sarajevo en junio de 1914, precipitó al continente europeo en la guerra más grande que el Viejo Mundo había conocido hasta ese momento. Los hechos consecuentes causaron conmoción en el pueblo norteamericano debido a que, tal como se estaban desarrollando, potencialmente podrían detener el curso de las reformas económicas y sociales que el Movimiento Progresista estaba logrando para paliar los efectos nocivos del industrialismo y la urbanización; por otro lado, una nación compuesta en gran parte por inmigrantes provenientes de Europa estaba, entonces, directa o indirectamente, material o espiritualmente, vinculada al conflicto.

Los Estados Unidos eran ya una de las primeras potencias mundiales debido a su gran producción industrial y agrícola, a la enorme cantidad de capitales acumulados, a la importancia de su flota comercial y, además, desde 1898 habían abandonado la política del aislacionismo y creado su propio imperio pluricontinental y ultramarino. Sin embargo, y en esto no se puede ver otra cosa que una contradicción evidente,

no tenía un ejército correspondiente en número, a ese nivel de potencialidad.

La reacción ante el estallido del conflicto hay que abordarla desde dos ópticas distintas que a la larga se interrelacionan: la reacción oficial y la de la opinión pública. Con respecto a la primera, el gobierno del Presidente Woodrow Wilson emitió una Proclama de Neutralidad el 4 de agosto de 1914 y días más tarde envió un Mensaje al Senado, instándolo a apoyar la posición adoptada. En dicho texto, el Presidente decía:

“El pueblo de los Estados Unidos proviene de muchas naciones, y principalmente de las que están en guerra en la actualidad. Es natural e inevitable que exista una gran variedad de simpatías y deseos en él con referencia a los problemas y circunstancias del conflicto. En esta crítica lucha algunos preferirían el triunfo de una nación; otros, el de otra. Será fácil provocar animosidades y difícil aplacarlas. Los responsables de su provocación asumirán una gran responsabilidad, responsabilidad ante el hecho de que nada menos que el pueblo de los Estados Unidos –cuyo amor por su país y lealtad por su gobierno debiera unir a todos sus componentes como norteamericanos comprometidos por su honor y por afecto a pensar en primer término en su nación y en sus intereses– para dividirse en campos de opinión hostil, antagonizar entre sí y precipitarse en la guerra misma en impulso y opinión, si no en la acción...”

De acuerdo al censo de 1910, la población norteamericana era de 91.972.266 personas. De estas, 13.345.545 (el 14,51%), eran nacidos en las principales naciones que se encontraban en guerra (Alemania, Austria-Hungría, Reino Unido, Irlanda, Rusia e Italia). Había también 12.916.311 (14,04%) personas con sus dos padres nacidos en la mismas naciones y 5.986.526 (6,5%) con uno de sus progenitores extranjeros. En consecuencia, el total de personas comprometidas con el conflicto era de 32.243.282, vale decir, el 35,0º del total poblacional estadounidense. Es indiscutible que la inmigración ejerció una fuerte influencia en la declaración de neutralidad.

La opinión pública, por su parte, se dividió en cuatro grupos: el que apoyaba a las potencias aliadas estaba conformado por intelectuales, empresarios, funcionarios públicos, estudiantes, trabajadores de las más diversas actividades. Elementos aglutinantes en este caso fueron la unión espiritual con Inglaterra, la tradicional amistad con Francia y el temor al militarismo alemán. Este grupo expresó sus puntos de vista en medios de prensa tales como el *Literary Digest*, *Life*, *New York Times*, *Chicago Herald* y otros. Formaban parte de él los Capitanes de la Industria como John D. Rockefeller, Andrew Carnegie y John P. Morgan. Un segundo grupo que apoyaba abiertamente a las potencias centrales o teutonas, estaba conformado por intelectuales de formación alemana, inmigrantes irlandeses y rusos anti-zaristas. Su portavoz fue la prensa “amarilla” de William R. Hearst. En el tercer grupo, el grupo pro-neutralidad, figuraban importantes personeros políticos como el Secretario de Estado William J. Bryan, el Senador Henry Cabot Lodge y el ex Presidente Theodore

Roosevelt. También se consideraba dentro de éste al empresario Henry Ford. Por último, existía un grupo más bien displicente ante el conflicto que finalmente fue conquistado por los pro-aliados. Cada uno de estos grupos tuvo una posición dinámica, aumentando o disminuyendo su importancia y actividades durante el transcurso del conflicto.

Cabe preguntarse entonces, ¿por qué la política exterior norteamericana, inicialmente neutral, derivó gradualmente desde agosto de 1914 hacia la beligerancia y la intervención en la guerra en abril de 1917? Los factores que explican este proceso son varios y entre ellos merecen destacarse algunos. En primer lugar la invasión alemana a Bélgica con la destrucción de la Universidad de Lovaina y el fusilamiento de la enfermera británica Edith Calvert, injustamente acusada de espionaje en favor de su país. Estos hechos identificaron a las acciones alemanas con la brutalidad y el antihumanismo, llegando a motejar al Kaiser como "La bestia de Berlín".

Fuerte influencia en este cambio tuvieron también la propaganda francesa e inglesa en los Estados Unidos. Esta publicidad hacía hincapié en que los aliados luchaban por la libertad, la democracia, los derechos del hombre, la civilización y la cultura cristiana occidental. Cabe destacar, en todo caso, que toda la información que se recibía en los Estados Unidos era despachada desde Londres, por lo que normalmente era parcial y saturada de antigermanismo.

También debe considerarse la personalidad y formación intelectual de Woodrow Wilson. El Presidente norteamericano era un hombre de letras, abogado, historiador, educador y político reformista. Profundo admirador de la cultura y de las instituciones británicas, tenía extensas vinculaciones con el mundo intelectual inglés, tanto o más como su Embajador ante la Corte de Saint James, el curioso personaje Walter Heines Page. No cabe duda que al iniciarse el conflicto el Presidente Wilson se consagró por la causa de la neutralidad, pero con el correr del tiempo sus simpatías por los aliados se hicieron cada vez más convincentes y reales.

Por otra parte, el activo comercio internacional norteamericano debe ser considerado. A este respecto las cifras son más elocuentes que las palabras. El comercio desarrollado con los países aliados, vale decir, Inglaterra, Francia, Italia y Rusia, ascendió en 1914 a US\$ 824.860.237, valor que al año siguiente, 1915, llegó a US\$ 1.191.474.493 y en 1916 a US\$ 3.214.486.574 mientras que el intercambio con Alemania y Austria-Hungría, para los mismos años, descendió de US\$ 169.289.775 a US\$ 11.878.153 y, finalmente, a US\$ 1.159.6533.

El tráfico de productos manufacturados norteamericanos a Europa originó una agria disputa anglo-estadounidense entre 1914 y 1915. Inglaterra, alegando situaciones especiales, incluyó varios de ellos en sus listas negras y eran considerados como contrabando de guerra. Por otro lado, el establecimiento del bloqueo a los puertos alemanes y la declaración de zonas de guerra en el Mar del Norte y la detención, registro, decomiso de mercaderías y embargo de los navíos, en franca violación del Derecho Internacional, impidieron el normal desenvolvimiento del comercio norte-

americano aunque este tuviera como destino los puertos aliados. Obviamente las autoridades estadounidenses, especialmente el Presidente Wilson, quien redactó muchas notas de protesta reclamando por tales acciones de la Armada Real al amparo de los derechos de los neutrales, no causaron mayor impacto; pero el comercio con las potencias centrales disminuyó y al aumentar el intercambio con los aliados, el problema fue desapareciendo lentamente.

Otro hecho de importancia para explicar el cambio operado en la política exterior norteamericana fue la apertura de créditos a los aliados iniciada por la casa de John P. Morgan en 1914. Obviamente el grupo que apoyaba a las potencias teutonas reclamó ácidamente en contra de estos préstamos, pero como el gobierno declarara que legalmente no podía oponerse a ellos, nada se pudo hacer en contra. Hacia abril de 1917, fecha en que los Estados Unidos entró como beligerante al conflicto, el monto de los préstamos a los aliados ascendía a 2,3 billones de dólares, mientras que sólo 27 millones de dólares habían sido facilitados por particulares norteamericanos a Alemania. La concesión en los préstamos, no contó con el apoyo del Secretario de Estado Bryan, quien la consideró una violación a la neutralidad.

Por último se debe considerar la política de guerra marítima desarrollada por Alemania. En efecto, el 4 de febrero de 1915 el gobierno imperial teutón declaró como zona de guerra a todas las aguas colindantes al archipiélago británico y se dispuso a hacer uso de los muchos submarinos –arma mortal en la época– para cumplir con este objetivo. Ante ello, el Departamento de Estado protestó, expresando que se exigiría “cuenta estricta” de lo que pudiera ocurrir a navíos neutrales o ciudadanos norteamericanos en dichas aguas, ya que la declaración de la autoridad alemana violaba los derechos de los neutrales. La Cancillería Imperial retrucó señalando que los Estados Unidos nada habían dicho cuando, con anterioridad, Inglaterra había declarado lo mismo para el Mar del Norte y solicitó a las autoridades norteamericanas que impidieran que sus connacionales viajaran a Europa en navíos de bandera beligerante. En forma paralela a esta nota Alemania inició la guerra submarina: el 28 de marzo de 1915 fue hundida una embarcación británica muriendo un ciudadano norteamericano en la acción. De inmediato el Presidente Wilson envió una fuerte nota de protesta, redactada por él mismo pero firmada por el Secretario de Estado Bryan –norma que se hizo común– que no causó ningún efecto. El 1º de mayo siguiente fue torpedeado un navío norteamericano con el resultado de tres muertos estadounidenses y el 7 del mismo mes, en las cercanías del puerto irlandés de Quenstown, fue hundido el *Lusitania*, uno de los barcos más grandes del mundo, perteneciente a la Cunard Line, hecho que significó la muerte de 1.198 personas, de las cuales 128 eran norteamericanas. Bastaron dos torpedos de un submarino alemán y 17 minutos para consumar esta agresión y verdadero drama.

El hundimiento del *Lusitania* causó una verdadera explosión en la opinión pública estadounidense, que se refirió al hecho calificándolo de “masacre”. Por su parte, Inglaterra aprovechó la circunstancia y difundió un detallado informe sobre

la invasión alemana a Bélgica, surgiendo así un sentimiento de profunda germanofobia en los Estados Unidos. El gobierno del Presidente Wilson envió tres notas de protesta a la Cancillería Imperial por lo acontecido. Las notas fueron redactadas por el propio Wilson; el Secretario de Estado Bryan las consideró muy duras y manifestó que violaban el espíritu de la neutralidad, lo que le valió una nueva y fuerte polémica con el Presidente, a raíz de la cual dejó el cargo siendo reemplazado por el diplomático de carrera Robert M. Lansing. El 6 de junio el gobierno alemán ordenó a sus fuerzas submarinas suspender los ataques con torpedos. Sin embargo, el 19 de agosto de 1915 un nuevo barco norteamericano fue atacado, ocasionándose dos muertes más.

Las notas de protesta norteamericanas sólo fueron contestadas el 1º de septiembre. El gobierno del Kaiser dio las disculpas del caso y prometió indemnizar a los familiares de las víctimas y a los sobrevivientes, promesas que no se cumplieron.

Durante un tiempo la tensión disminuyó, pero tanto la germanofobia y la propaganda inglesa se mantuvieron activas y se iniciaron, como contrapartida por parte de agentes alemanes y austrohúngaros, una serie de atentados y actos de sabotaje a diferentes industrias norteamericanas, especialmente fábricas de municiones de guerra, armamentos y explosivos, en las cuales se sorprendió a los agregados militares de las potencias teutonas en plena acción. Con ello la tensión entre Washington y Berlín volvió a surgir y aumentó cuando el 24 de marzo de 1916 fue hundida una nave francesa, pereciendo tres norteamericanos.

Todo parecía indicar que, finalmente, los Estados Unidos se involucrarían en el conflicto bélico. El punto cúlmine de la tensión se dio a raíz del Telegrama Zimmermann. El 19 de enero de 1917, Arthur Zimmermann, Canciller Alemán, cablegró vía Washington, a Von Eckhardt, Ministro alemán ante el gobierno de Venustiano Carranza en México, una instrucción que decía textualmente:

“Proponemos comenzar la guerra submarina sin reservas a partir del primero de febrero. A pesar de lo cual procuraremos mantener la neutralidad de los Estados Unidos. En el caso de que así no fuese, le ofrecemos una alianza a México sobre las siguientes bases: estar unidos en la guerra, generosa ayuda económica y la cognición por nuestra parte de que México debe recuperar sus territorios perdidos en Texas, Nuevo México y Arizona. Los detalles concretos quedan en sus manos. Comuníqueme esta información al Presidente (de México) en el máximo secreto en el momento en que exista una certeza con relación a la entrada de los Estados Unidos en guerra y añada la sugerencia de que, por propia iniciativa, invite inmediatamente a Japón a unirse a ellos y al mismo tiempo actúe como intermediario entre Japón y Alemania. Le ruego llame la atención del Presidente sobre el hecho de que el uso sin reservas de los submarinos ofrece la perspectiva de obligar a Inglaterra a firmar la paz en pocos meses. Acuse recibo. Zimmermann”.

El servicio de inteligencia británico interceptó el mensaje, lo descifró y lo puso en manos del gobierno norteamericano y en marzo de 1917 era ya conocido por la

opinión pública, la que reaccionó con una indignación tremenda, casi una histeria colectiva. Hay que recordar que en los años previos, las relaciones entre México revolucionario y los Estados Unidos estuvieron muy deterioradas por la política intervencionista del Presidente Wilson. Veracruz había sido ocupada por la Infantería de Marina en 1914 y en el momento en que se enviaba el Telegrama Zimmermann, la Expedición Punitiva del General John J. Pershing se acababa de retirar del territorio mexicano después de tratar infructuosamente de dar caza a Pancho Villa que había asesinado una apreciable cantidad de norteamericanos y había asaltado Columbus, Nuevo México, en 1916, en venganza por el reconocimiento diplomático que Wilson había extendido al gobierno de Carranza.

Para colmo, en los momentos de mayor preocupación por los efectos que tendría la propuesta Zimmermann, un submarino alemán hundió el *Laconia*, donde pereció un norteamericano. Días después se produjeron otros hundimientos y la opinión pública pedía a Wilson la inmediata declaración de guerra. El Presidente empezó a preparar el Mensaje mediante el cual debía solicitarla al Congreso, cosa que hizo el 2 de abril de 1917. La Cámara de Representantes la aprobó por 403 votos contra 14 y antes de que pasara al Senado, otra embarcación fue hundida con un resultado de 15 estadounidenses muertos. El Senado autorizó la declaración de guerra por 82 votos contra 6, haciéndose efectiva el 6 de abril del mismo año.

Los puntos más esenciales del Mensaje de Wilson al Congreso dicen:

“He convocado al Congreso a sesión extraordinaria porque es necesario adoptar decisiones de política muy serias, y adoptarlas inmediatamente, adopción cuya responsabilidad no es correcta ni constitucionalmente permisible que me corresponda... Con profundo sentido del carácter solemne y hasta trágico del paso que doy y de las graves responsabilidades que implica, pero obedeciendo sin titubeos a lo que considero mi deber constitucional, aconsejo que el Congreso declare que la reciente acción del gobierno imperial alemán no es en realidad nada menos que una guerra contra el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos; que acepte formalmente el estado de beligerancia que así le ha impuesto, y que tome medidas inmediatas, no sólo para colocar al país en un estado de defensa más completo, sino también para ejercer todo su poderío y emplear todos sus recursos para obligar al gobierno del Imperio Alemán a poner término a la guerra... Nuestro objetivo... consiste en vindicar los principios de paz y justicia en la vida del mundo frente al poder egoísta y autocrático, y en establecer entre los pueblos realmente libres y autogobernados un concierto de propósitos y de acción que desde ahora en adelante asegure la observación de esos principios. La neutralidad deja de ser factible o deseable cuando están en juego la paz del mundo y la libertad de los pueblos, y cuando la amenaza a esa paz y libertad radica en la existencia de gobiernos autocráticos respaldados por una guerra organizada que está dirigida totalmente por su voluntad, y no por la voluntad del pueblo. En tales circunstancias hemos visto el fin de la neutralidad... No tenemos ningún entredicho con el pueblo alemán. No abrigamos hacia él otro

sentimiento que el de simpatía. Su gobierno no entró en esta guerra por iniciativa de su pueblo... Nos satisface luchar así por la paz definitiva del mundo y por la liberación de sus pueblos, incluso el alemán: por los derechos de las naciones grandes y pequeñas y por el privilegio de todos los hombres del mundo a elegir su manera de vivir y de obediencia. Es necesario que el mundo sea más seguro para la democracia. Su paz debe descansar en los sólidos cimientos de la libertad política...”

El ingreso de los Estados Unidos al conflicto vino a decidir el curso ulterior de él. Al mando del General John J. Pershing desembarcaron en Francia 1.390.000 hombres, cifra que es ínfima si consideramos que el total que se registró en las Juntas de Reclutamiento ascendió a 24.234.021, y que el total de las fuerzas Ejército, Marina, Infantería de Marina, subía a 4.800.000 efectivos. En los 19 meses de participación en la guerra las tropas norteamericanas lucharon en 13 batallas y sufrieron la pérdida de 50.000, muertos en combate, 206.000 heridos, 57.500 muertos por enfermedades. El total de muertos en el ejército expedicionario fue de 115.000 combatientes.

En el frente interno la movilización fue total y la economía norteamericana pasó a tener un solo objetivo: ganar la guerra a la brevedad posible. Hombres, mujeres y niños trabajaron horas extras en forma gratuita en todas las industrias que mantenían su actividad productiva aumentando constantemente. Los índices productivos subieron en porcentajes nunca vistos con anterioridad. El valor de la producción agrícola en 1919 fue de US\$ 23.783.200 mientras que el de la producción industrial ascendió a US\$ 62.418.079.000 cifras que significaron triplicar lo que se había producido en ambos rubros diez años antes (1909).

El 8 de enero de 1918, es decir en uno de los momentos más difíciles del conflicto y cuando Estados Unidos hacía grandes esfuerzos bélicos y económicos, el Presidente Wilson expuso al Congreso sus “14 puntos”, vale decir, las bases ideadas por él para alcanzar la paz y construir un nuevo orden internacional una vez concluida la contienda, tratando de establecer una paz real y efectivamente duradera, “una paz sin victorias” como la llamó él mismo en su discurso al Congreso del 22 de enero de 1917, una paz negociada y no dictada por el vencedor al vencido. Los 14 puntos fueron los siguientes:

I.- Convenciones abiertas de paz, concertadas abiertamente, después de las cuales ya no haya entendimientos internacionales privados de ninguna naturaleza, sino que la diplomacia siempre se desarrollará francamente y a la vista del público.

II.- Absoluta libertad de navegación en los mares, fuera de las aguas territoriales, por igual en la paz y en la guerra, excepto de que los mares sean clausurados en todo o en parte mediante acción internacional o convenciones internacionales.

III.- El levantamiento, en todo lo posible, de toda barrera económica, y el establecimiento de condiciones de igualdad en el comercio entre todas las naciones

que consienten a la paz y se asocian para su mantención.

IV.- Prestar y aceptar garantías adecuadas de que los armamentos nacionales serán reducidos al mínimo, en la medida requerida para la seguridad interna.

V.- Un ajuste libre, de mentalidad amplia y absolutamente imparcial de todas las reclamaciones coloniales, basado en la estricta observación del principio de que, en la determinación de todas esas cuestiones de soberanía, los intereses de las respectivas poblaciones deben tener el mismo peso que las reclamaciones equitativas de los gobiernos cuyo título habrá de determinarse.

VI.- La evacuación de todo el territorio ruso y la resolución de todas las cuestiones que afecten a Rusia, de manera que se logre la mejor y más espontánea cooperación de las demás naciones del mundo con el fin de proporcionar a ese país una oportunidad sin trabas ni estorbos para que pueda determinar en forma independiente su propia evolución política nacional y asegurarle una sincera bienvenida en la sociedad de naciones libres bajo instituciones elegidas por ella misma...

VII.- El mundo entero coincidirá en que Bélgica debe ser evacuada y rehabilitada, sin ningún intento por limitar la soberanía de que goza en común con todas las demás naciones libres...

VIII.- Todo el territorio francés debe ser liberado, restituyéndose todas las porciones invadidas, y será menester reparar la injusticia que Prusia hizo a Francia en 1871, con la cuestión de Alsacia y Lorena, que ha trastornado la paz del mundo durante casi cincuenta años.

IX.- Debe efectuarse un reajuste de las fronteras de Italia, de conformidad con líneas de nacionalidad claramente distinguibles.

X.- Se debe brindar a los pueblos de Austria y Hungría, cuyo lugar entre las naciones deseamos ver salvaguardado y asegurado, la mejor oportunidad de desarrollo autónomo.

XI.- Rumania, Serbia y Montenegro deben ser evacuadas, restituyéndose los territorios ocupados, y se debe acordar a Servia libre y seguro acceso al mar...

XII.- Debe proporcionarse segura soberanía a las porciones turcas del actual Imperio Otomano, pero a las demás nacionalidades que se encuentran actualmente bajo el mandato turco se les debe asegurar una indisputable seguridad a la existencia y una oportunidad absolutamente sin estorbos para su desarrollo autónomo, y los Dardanelos deben quedar abiertos permanentemente como pasaje libre para los barcos y comercio de todas las acciones, bajo garantías internacionales.

XIII.- Se debe formar un Estado polaco independiente que comprenda los territorios habitados por poblaciones indiscutiblemente polacas, que deben gozar de acceso libre y seguro al mar, y cuya independencia política y económica e integridad territorial serán garantizadas por convención internacional.

XIV.- Debe formarse una asociación general de naciones bajo convenciones específicas, con la finalidad de establecer garantías mutuas de independencia política e integridad territorial para los estados grandes y pequeños por igual."

Derrotado en los campos de batalla y ante la imposibilidad de rehabilitarse, en octubre de 1918 el Alto Mando alemán sugirió al Kaiser y autoridades de gobierno iniciar un acercamiento hacia los Estados Unidos con la intención de negociar la paz sobre la base de los catorce puntos del Presidente Wilson. El Kaiser se negó y ordenó proseguir la lucha. Nuevas derrotas y alzamientos en el Ejército y la Armada Imperial, más la absoluta imposibilidad de nuevas conscripciones y nuevos aprovisionamientos llevaron a Alemania, finalmente, a buscar el armisticio, el que se convino el 11 de noviembre del mismo año. Inmediatamente el Presidente Wilson decidió dedicarse personalmente a las negociaciones de paz y en el mismo mes de octubre Wilson solicitó a la ciudadanía norteamericana un voto de confianza en las próximas elecciones parlamentarias, pidiendo una clara mayoría para el Partido Demócrata en el Congreso, lo que no logró. Esta situación fue puesta en evidencia por el ex Presidente Roosevelt, cuando con ocasión de la partida de Wilson a París, advirtió "A nuestros aliados, a nuestros enemigos y al mismo Mr. Wilson... Mr. Wilson no tiene actualmente ninguna autoridad para hablar en nombre del pueblo norteamericano. Los norteamericanos acaban de repudiar enfáticamente su jefatura."

Las Conferencias de Paz iniciaron sus sesiones el 18 de enero de 1919 en París y estuvieron representadas en ellas las naciones aliadas y las asociadas, pero las decisiones importantes las tomaron "Los cuatro grandes", es decir, Inglaterra, Francia, Italia y los Estados Unidos. Los vencidos sólo fueron admitidos para firmar el Tratado de Versalles.

En el ambiente chauvinista y revanchista de París, Wilson debió enfrentarse a David Lloyd George, Primer Ministro inglés, y a George Clemenceau, el Ministro francés que miraba al liberalismo de Wilson con absoluto escepticismo y que sólo deseaba aplicar fuertes sanciones a Alemania, dejando de lado los planteamientos del Presidente norteamericano de una "paz sin victorias" y todo el plan de reorganización mundial. Wilson logró obtener algunos triunfos con sus planteamientos, por ejemplo, al impedir que Francia se anexase la Renania, al negar Fiume a Italia y al no permitir que los aliados cargaran el costo total de la guerra sobre el pueblo alemán, aunque la Comisión Especial de Reparaciones estimó en 1921 que Alemania debía cancelar indemnizaciones equivalentes a 56 billones de dólares. Wilson no pudo impedir que en las Conferencias de Versalles se sancionara moralmente a Alemania, culpándola directamente de provocar la guerra. Sin embargo el Presidente obtuvo un gran triunfo al lograr que el Tratado de Versalles, que se firmó el 28 de junio de 1919, se incorporara el Convenio de la Sociedad de Naciones.

La Sociedad de Naciones o Liga de Naciones daba a cada nación integrante un voto en la asamblea deliberativa; los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón eran miembros permanentes y otros cuatro países eran miembros temporales del Consejo. Los integrantes de la Sociedad se comprometían a respetar y proteger contra agresiones externas, la integridad territorial y la independencia política de todos ellos; a dar publicidad a sus tratados y armamentos; a resolver por la vía del

arbitraje toda amenaza a la paz internacional, quebrantamiento de tratados y a no recurrir a la fuerza hasta tres meses después de haber fracasado tal instancia. La Sociedad podía, por recomendación del Consejo, adoptar sanciones militares, financieras y económicas contra las naciones que iniciasen actividades bélicas en desacuerdo con los convenios amparados por ella.

Para dar cumplimiento a la Constitución, Wilson requería la ratificación del Tratado de Versalles y del Convenio de la Sociedad de Naciones por parte del Senado, pero cuando llegó a los Estados Unidos de regreso de Europa, el debate sobre el tema ya se había iniciado y el Senado no daba signos de aceptación de él. Las razones de esta oposición eran muy variadas e iban desde el rechazo personal hacia el Presidente, especialmente por parte de Henry Cabot Lodge, Presidente del Comité de Relaciones Exteriores de la corporación, pasando por la indignación de los descendientes de inmigrantes alemanes, italianos e irlandeses. Los conservadores veían que se había actuado con lenidad ante Alemania, mientras que los liberales veían que se había hecho con extrema severidad. Por último existía una tendencia generalizada al sostener que tanto Wilson como los Estados Unidos habían sido engañados y que más valía no inmiscuirse en asuntos europeos. Esta última tendencia no es otra cosa que el resurgimiento de las corrientes aislacionistas en la opinión pública.

Wilson se negó a hacer concesiones que le hubieran granjeado el apoyo del Senado, mayoritariamente republicano, que el 19 de noviembre de 1919 rechazó ratificar el Tratado y el Convenio de Versalles, lo que también ocurrió en marzo de 1920 cuando el asunto volvió a discutirse. El Presidente, entonces, emplazó al Partido Republicano a que la elección presidencial de 1920 fuera un “solemne referendium” popular sobre la incorporación del país a la Sociedad de Naciones. Si triunfaban los demócratas el Senado ratificaría el Tratado y Estados Unidos se incorporaría a la Sociedad; si ganaba el Partido Republicano, no se discutiría más el tema de la ratificación. Los republicanos aceptaron el reto. Durante la campaña Wilson viajó a través del país buscando la adhesión a la candidatura demócrata de James Cox para presidente y Franklin D. Roosevelt para vice-presidente. La Convención Republicana postuló a Warren G. Harding y Calvin Coolidge. Estando en la localidad de Pueblo, Colorado, el 26 de septiembre de 1920, el Presidente sufrió un ataque de apoplejía, del cual nunca pudo recuperarse totalmente. La elección del 2 de noviembre de 1920 fue ganada por los republicanos que obtuvieron 16.143.407 votos populares, 60,38% de la votación y 404 votos electorales, contra 9.130.328 votos populares, 34,15% de la votación y 127 votos electorales de los demócratas. Wilson nuevamente fue derrotado y el Tratado de Versalles no fue ratificado. Estados Unidos no se incorporó a la Liga de Naciones y sólo en 1924 y 1926 empezó a participar en algunas actividades de la organización. Una ironía y una contradicción de la realidad norteamericana. Wilson terminó su período constitucional en marzo de 1921 y falleció el 3 de diciembre de 1924. En 1919 recibió el Premio Nobel de la Paz.